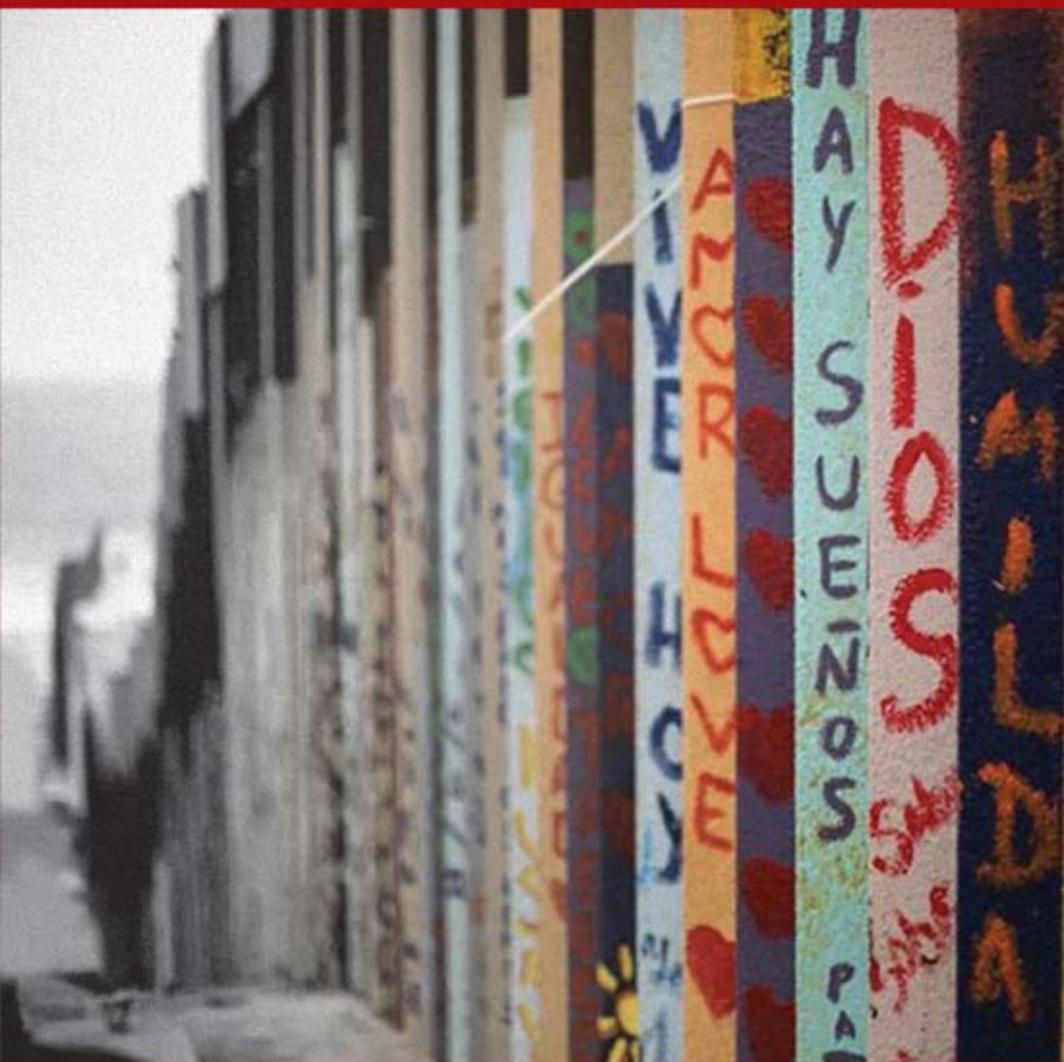


CONTRA LA MURALLA

CUENTOS



ALBERTO ROBLEST

**CONTRA
LA MURALLA**

CUENTOS

CONTRA LA MURALLA

CUENTOS

ALBERTO ROBLEST



Arte Público Press
Houston, Texas

La publicación de *Contra la muralla: Cuentos* ha sido subvencionada en parte por el National Endowments for the Arts. Le agradecemos su apoyo.

Recuperando el pasado, creando el futuro

Arte Público Press
University of Houston
4902 Gulf Fwy, Bldg 19, Rm 100
Houston, Texas 77204-2004

Diseño de la portada por Mora Design
Arte de la portada por Gustavo Duque

Names: Roblest, Alberto, 1962- author.

Title: *Contra la muralla : cuentos* / Alberto Roblest.

Description: Houston, Texas : Arte Publico Press, [2022]

Identifiers: LCCN 2021056527 (print) | LCCN 2021056528 (ebook) |

ISBN 9781558859357 (trade paperback ; alk. paper) | ISBN

9781518507076 (ePub) | ISBN 9781518507083 (kindle edition) |

ISBN 9781518507090 (PDF) Subjects: LCGFT: Short stories.

Classification: LCC PQ7298.28.O2397 C66 2022 (print) |

LCC PQ7298.28.O2397 (ebook) | DDC 863/.64—dc23

LC record available at <https://lcn.loc.gov/2021056527>

LC ebook record available at <https://lcn.loc.gov/2021056528>

© El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Permanence of Paper for Printed Library Materials Z39.48-1984.

Copyright © 2022 por Alberto Roblest

22 23 24

4 3 2 1

Índice

Prólogo	vii
Obelisco oscurecido	1
Aquí estamos y si nos echan regresamos	11
Me detuve un instante a contemplar a mi derredor	15
Obra negra	19
El laberinto	29
Una vez abajo no se olviden de encomendarse a Dios ...	31
Escena de bar en un punto en el mapa	35
Road Movie	43
Dados cargados	57
Detour	65
Flotando en una superficie inmóvil	71
La isla de la isla	75
Lost & Found	79
El día anterior al anterior	111
Tonatzin	131
Vida felina	139
La maldita ciudad parecía abandonada	145

Prólogo

a Tomás Rivera ...y no se lo tragó la tierra

Me dijeron que ése era el camino. Pasé muchos días recorriendo montañas, valles, crucé dos ríos y una cordillera desértica, donde lo único visible fueron restos de casas de adobe, algunos molinos de viento destruidos y autos chatarra semi cubiertos por arena. Finalmente llegué, desmonté la mochila a mi espalda, me descalcé las botas un momento para descansar los pies y estiré los brazos. Había sido un largo viaje. Me limpié el sudor con un pañuelo desechable. Me acerqué a la puerta, la toqué con las manos para cerciorarme. Sonreí. Había llegado . . . por fin.

Me encontraba justo enfrente de las puertas del paraíso, una gran entrada sin duda, una bella puerta. Toqué con los nudillos, con el puño, con los dos. Busqué el picaporte, el ojo de la cerradura o la chapa, pero no la vi. Tampoco un timbre o un interfono. Parecía que no había forma de entrar. Quizá la puerta se cerraba por dentro. Empujé con esperanzas de que cediera, pero nada. Pensé que a lo mejor podría ser una puerta corrediza y volví a hacer intentos, pero la puerta pareció no inmutarse. Pensé en treparme, pero las paredes parecían llegar al cielo y la puerta era completamente lisa. Volví a empujar, esta vez con todas mis fuerzas. Recordé que en al-

gunos relatos las entradas se traspasaban con letras mágicas o palabras en rima. Escribí en el polvo debajo de la puerta como quien busca una contraseña. Dije trabalenguas, canciones, dichos de mi abuela, grité . . . En un punto de mi desesperación pateé la maldita puerta que ya para ese momento me pareció la entrada de un búnker, de una fortaleza. Todos mis esfuerzos fueron inútiles. Sudando tomé asiento en el piso. Quizá lo único que me quedaba era esperar a que alguien saliera para yo poderme colar, aunque eso era sencillamente disparatado: ¿Quién quiere salir del paraíso? Me calcé las botas nuevamente, me puse de pie y caminé hacia un extremo un par de kilómetros siguiendo el perímetro del muro. Regresé y le di vueltas a algunas ideas en la cabeza. Me encontraba molesto. No me quedaba otra que esperar en la desolación. Tomé asiento en una piedra con esperanzas de que alguien con la llave o el *password* correcto se acercara para poder entrar con él. Bebí un sorbo del agua en mi cantimplora, no me quedaba mucha, al igual que comida. Giré la cabeza de un lado, de otro, nada, excepto el muro y aquella gran puerta sin número flanqueando el camino. *La entrada final*. De un lado y de otro, la muralla de concreto, el desierto, nadie, nada.

Obelisco oscurecido

1

Toda el área del *mall* amaneció cercada por plásticos amarillos de prohibido cruzar tendidos por la policía; desde Pennsylvania Avenue hasta Independence, y de ahí hasta la calle 6th. Participaban en el operativo unas cien patrullas y otro número considerable de vehículos de bomberos, ambulancias y expertos en siniestros. El motivo de tal despliegue era que el Obelisco —The Washington Monument— había amanecido cubierto por insectos que al principio se pensó eran cigarras u hormigas, pero que resultaron cucarachas de todos los tamaños.

El primero en percatarse del siniestro e informar del extraño suceso fue Emerson Martínez, un policía en bicicleta que daba su último rondín en el área. Se le ocurrió al principio que los faros de iluminación se habían fundido y de ahí lo oscuro del monumento, orgullo de la ciudad y símbolo escultural del país. Conforme Martínez se fue acercando tuvo otras teorías: que alguien había cubierto la pantalla de los reflectores con algún tipo de película, o peor aún, que algún maloso había derramado pintura negra en las caras del monumento y si así resultaba, aquello no era sino un acto de terrorismo. Consideró otras posibilidades. A Martínez se le ocurrió incluso que po-

dría ser algún tipo de intervención artística de algún loco instalado rechazado por el consejo de la cultura de la ciudad. . . . Cuál sería su sorpresa al llegar a menos de diez metros y descubrir que la mancha oscura comenzaba a moverse como en una danza y a emitir un sonido hipnótico. Aquello dejó perplejo a Martínez. La mancha no era otra cosa sino insectos, para ser más precisos, cucarachas. Dejó caer la bicicleta al suelo, se acercó con cautela, desenfundó su arma, cortó cartucho y se detuvo para observar en detalle. Sin duda cucarachas, confirmó; las había visto en su cocina; en las cocinas de los restaurantes baratos, en los separos de la policía, en las casas de interés social, en los departamentos de renta congelada e incluso en algunas viejas mansiones de Georgetown.

Volvió a comunicarse por radio y soltó la noticia al oficial de guardia en la comisaría, el oficial George Luca. Su superior lo escuchó y no le creyó al principio, así que lo obligó repetir el reporte. Miles de cucarachas cubrían de pies a cabeza las paredes del Obelisco.

—Aquello sí que es una mala noticia —le dijo.

Lo era, especialmente al final del turno y máxime en un viernes próximo al fin de semana largo de Memorial Day. A regañadientes George Luca llamó al capitán que tomó la llamada y habló con Martínez directamente. Lo escuchó con atención y después procedió a pasar la mala nueva a sus propios superiores, que al principio y con el mismo escepticismo que él había mostrado ante la noticia del oficial bajo su mando, le hicieron repetir el informe varias veces. No pasaron ni veinte minutos, cuando el superintendente de la policía en persona entró por la puerta de la comisaría de Capitol Hill y le preguntó a Luca por la salud mental del policía en bicicleta que había reportado el incidente y por su ficha. En torno a si el oficial usaba alguna droga o se encontraba bajo el efecto de alguna receta médica.

—Nada, jefe. Martínez es un policía sin historial de ningún tipo y con altísimas calificaciones de la academia, además en excelente estado de salud.

Extraño, se dijo el jefe de la policía y procedió a abrir una línea de radio privada, se comunicó con dos oficiales de su confianza que se encontraban haciendo un rondín por Downtown, los envió al lugar de los hechos. En menos de quince minutos la confirmación de la noticia estaba hecha: miles, si no millones de cucarachas oscuras cubrían el Obelisco de arriba abajo. La mala noticia se hizo pública y comenzó a repetirse y a circular de un lado para otro tanto en los canales oficiales, como en la Internet donde se hizo viral.

2

Una vez la noticia en el Internet, fue la apoteosis: de memes a fake news, de bromas sórdidas a teorías de conspiración. Nunca antes, quizás solamente cuando el atentado al Presidente Reagan, o cuando la inauguración de Obama, se habían escuchado en la ciudad de Washington DC tantas sirenas.

El caso es que para el momento en que el sol se pone en el horizonte, todo es diferente. El tráfico imposible en las calles abiertas a la circulación; las carreteras de acceso a la ciudad congestionada; las escuelas y universidades cerradas; las oficinas de gobierno local también; las oficinas de turistas paralizadas; los eventos sociales y culturales en toda la ciudad cancelados; el Pentágono y otras agencias de seguridad enloquecidas; los diarios en problemas cambiando la primera plana; el metro y otros servicios de transportación con retrasos; el tráfico tanto físico, como virtual, pasmados; las radios locales saturadas por el flujo de llamadas, al igual que muchos blogs de noticias; los políticos peleándose por tener la mejor

cara al público; y los mirones cooptando las calles inmediatas al suceso para tener la mejor vista, el selfie con más thumbs up. En síntesis: caos.

Dos de las empresas más poderosas de armamento y con oficinas en la ciudad tenían sugerencias drásticas para terminar con el problema, previo contrato de por medio, por supuesto. Una de ellas llegó al Congreso con la propuesta de usar un arma experimental que emitía unos rayos similares a los que utiliza un microwave; cocinaría a las enemigas, en este caso las cucarachas, en cuestión de segundos.

—¿Y qué de los Cherry Trees alrededor del monumento y demás flora y fauna en el río? —preguntó alguien.

—Well, —respondió el CEO—, nosotros acabamos con el problema. Los efectos colaterales no nos conciernen y están en segundo plano. Habrá que pensar en un segundo contrato para la solución de las consecuencias.

La otra empresa propuso tender una gran cubierta alrededor del Obelisco —como gran bolsa sellada herméticamente— y después soltar un venenosísimo gas que mataría a los insectos en cuestión de segundos, nada experimental, algo ya probado.

—¿Y qué de los efectos secundarios del gas? —preguntó alguien más en la reunión—. ¿Qué pasará cuando se quite la cubierta?

La respuesta del CEO fue casi la misma que la del jefe de la otra empresa de armamento. Esperaban que los gases fueran absorbidos por los asquerosos insectos. Dado lo contrario, habría que repensar las consecuencias, quizá reemplazar la tierra y el pasto circundante al Obelisco y “aspirar” el lugar con alguna máquina.

Pasada la hora de la comida, la ciudad entera estaba a la expectativa, con los ojos puestos en el operativo; los ojos del

planeta mismo puestos en el Obelisco que parecía tener varias capas de cucarachas que se reproducían a un ritmo insólito, alimentándose unas de otras ad infinitum. Algunas más pequeñas comenzaban a salir del perímetro de contención e iban siendo aplastadas por hombres vestidos en trajes Haz Mat con grandes matamoscas especiales, aunque no se daban abasto. Los periodistas hacían conjeturas, los ambientalistas elaboraban sus propias teorías y los fatalistas veían en el suceso una conspiración. Un extremista religioso hizo su aparición entre la multitud y comenzó a recitar a través de un megáfono una perorata en torno al fin del mundo y las siete plagas de Israel. Al caer la tarde el escenario era más que tenebroso, y aún nadie se ponía de acuerdo.

Martínez que no había despegado un ojo del evento —como se le llamaba—, dijo para sí: “Cínicas cabronas . . . ¿No deberían estar escondidas en la oscuridad? Se supone que son hipersensibles a la luz y que instintivamente buscan las sombras. Parecen estar tomando el sol en la playa. Es sencillamente increíble . . .”

El alcalde, aprovechando el ruido de la noticia, los ojos del mundo en la ciudad que regía y toda la propaganda tanto positiva como negativa, comenzó a hacer campaña ante la necesidad de más presupuesto, y por supuesto de independencia política y económica.

3

Hubo varias reuniones urgentes a muy alto nivel, tanto en el Congreso como en la Casa Blanca. Los generales más cercanos a la presidencia propusieron que se lanzara un misil a las invasoras para así terminar de una vez por todas con el problema. Eso por supuesto implicaba la destrucción del

Obelisco, claro. Al principio, todos se quedaron perplejos ante la propuesta.

Alguien en la mesa gritó de pie: —¡Destruir el Obelisco . . . impensable!

El mastermind de la propuesta, un general de doce estrellas, dejó la taza de café a la que le dio un gran sorbo sobre la mesa y tranquilamente retomó la palabra con un dejo bastante teatral: —Claro, así construimos uno nuevo. Eso se hace en las guerras. Destruimos todo y después reconstruimos. Matemática simple: reconstruir es bueno, genera ganancias, las ganancias generan intereses y eso es el motor del capitalismo.

A uno de los lobistas asociados a las empresas de reconstrucción le brillaron los ojos y abaló la idea del general: —A mí me parece una idea genial. Así podríamos construir un Obelisco más alto, dos veces más alto y con eso cambiar las reglas de construcción en la ciudad, que son demasiado rígidas y obsoletas.

El segundo hombre de abordó en la empresa, un muy interesante chico de Harvard, amplió la propuesta de su jefe: —De esa forma, la ciudad entera podría tener edificios más altos y ser diferente . . . con edificios modernos y hasta el cielo.

Otro lobista, asociado al primero, se le ocurrió de pronto que eso permitiría construir en la base, una vez destruido el Obelisco viejo, un enorme búnker de varios niveles con salida al río Potomac, al metro y a Rock Creek Park. A más de uno de los presentes se les hizo agua la boca con ambas propuestas. Algunos políticos pensaron que saliendo de la reunión comprarían casas, esto con el propósito de derrumbarlas y hacer grandes edificios donde rentar y hacer condominios. Más de uno vio a DC como un nuevo New York City.

Otro general, pero éste de la vieja guardia, recomendó usar Napalm y así achicharrar a todas esas enemigas del mal. La reunión del consejo se extendió hasta muy tarde, y ya casi entrada la noche terminó con varias posibles propuestas sobre la mesa.

Mientras eso sucedía, uno de los insectos pareció sobresalir de sobre todos los otros y comenzó a crecer y a expandirse sobre uno de los lados del Obelisco. Casi imperceptiblemente, una a una las cucarachas comenzaron a entrar a la boca de este insecto, que de grande comenzó a ser gigante y después inmenso. Ante la nueva alarma, el gabinete de seguridad se reunió de nuevo y sus representantes decidieron enviar una división de infantería y otra de aviación. Comenzaron a imaginar el peor escenario. Se decretó estado de sitio y se limpió el área de mirones. Se restringió la entrada a la prensa a la zona acordonada y hubo de desalojar a los vecinos de “Foggy Bottom” y moverlos en calidad de damnificados a diferentes hoteles de la ciudad.

Por cuestiones de seguridad nacional, comenzaron a controlarse las llamadas telefónicas, los mensajes por Internet y los textos por teléfono.

“¿Se trata de un caballo de Troya, aunque esta vez en forma de cucaracha?” era otra de las preguntas.

Los más alarmistas veían en sus mentes las películas de Godzilla y King Kong, pero en lugar de un gran simio, una cucaracha gigantesca aplastando tanques, derribando jets y haciendo correr despavorido a toda la población.

Así mismo decidieron enviar al presidente y al vicepresidente a un búnker en una locación secreta para su seguridad y el bien de la nación. El presidente acertó apenas a enviar un twitter con un mensaje bien claro: “Cada noticia, cada toma hecha por las cámaras de los canales de televisión debe estar

completamente obligada a la censura y al control, por aquello del estado de emergencia y en caso de ataque”.

4

Antes de que terminara la noche, millones de cucarachas comenzaron a entrar en la boca del gigantesco insecto, hasta que no quedó ninguno, en un proceso que duró casi unas dos horas y media, ante los ojos perplejos de soldados, agentes de inteligencia y la división de seguridad nacional destinada a los casos paranormales. Los más de doscientos mil autos policíacos y automóviles de guerra, de pronto parecieron ser nada ante la impresionante cucaracha gigantesca, casi del tamaño del mismísimo Obelisco. El monstruo movió la cabeza de un lado y de otro, se sobó las antenas y pareció dar dos pasos antes de caer al piso de espaldas.

Hubo un murmullo y hasta plegarias, después el martilleo de los cañones. Después hubo un silencio sepulcral. Los reflectores gigantes se posaron en el insecto que meneó las patas un par de veces, giró en la espalda como una tortuga al intentar ponerse de pie y después quedó exánime como un gordo muy cansado. El Obelisco presentaba una cuarteadura que subía de la base a la parte superior. Volvieron a pasar algunos minutos de tensión, y entonces la cucaracha oteó el aire, abrió las alas, estiró las patas y quedó rígida. Soldados, policías y demás personal de seguridad esperaron listos para la orden de sus superiores. Varios afirmaron que aquel insecto extraordinario se pondría de pie de un salto y comenzaría a atacarlos a todos.

El silencio y el temor se extendieron por toda la ciudad. Un silencio de panteón, macabro, rígido, un silencio brutal se escuchó en todo Washington como cuando la muerte de Martin Luther King.

Después, entre todo lo insólito qué había sucedido aquel día, el insecto explotó en un millón de fragmentos que se expandieron a medio kilómetro a la redonda “manchándolo todo”, diría un cronista. Lo que resultó no eran sino diminutas cucarachas doradas que corrieron a esconderse en el subsuelo, las hendiduras y los rincones del Capitolio.

Hubo expectativa, asco.

Algunos intelectuales quisieron ver un augurio en el suceso, lo mismo los filósofos que lo interpretaron con una metáfora del capitalismo y la política de la globalización. Los constructores golpearon la mesa de las pláticas y, desanimados al ver los resultados, vieron la pérdida de una gran oportunidad. Los fabricantes de armamento fastidiados, maldijeron al cielo al ver sus planes de desgracia trancos. Los poetas lo convirtieron en una triste plegaria, y sólo los narradores, sólo ellos, vieron en todo aquello algo más que un símbolo . . . algo más.

La podredumbre acecha fue el titular de un periódico al día siguiente.